

La libertad de la imaginación como libertad política

Herbert Marcuse y el Mayo Francés

Romina Conti

Universidad Nacional de Mar del Plata

Resumen:

Los hechos acontecidos en París, en mayo y junio de 1968, son vistos –con frecuencia–, como el punto más alto del movimiento estudiantil de los '60. En medio de este movimiento, algunas de las principales tesis de Marcuse fueron fervientemente enarboladas por la rebelión y este autor apareció ante el mundo como uno de los ideólogos de la protesta estudiantil.

En el mismo año, aunque algunos meses antes, Marcuse publicaba su ensayo *Sobre la Liberación*, en el que volvía a abordar un problema que aparece en gran parte de sus obras y que constituye, tal vez, uno de los aspectos más ricos de su pensamiento: el problema de la relación entre arte y revolución. En este ensayo, y con la mirada puesta sobre los hechos contemporáneos, Marcuse revisa algunas de las tesis que los estudiantes han enarbolado y toma una clara posición respecto al curso de los acontecimientos.

Cuarenta años más tarde, y partiendo de un análisis de la relación de Marcuse con el denominado “Mayo Francés”, este trabajo pretende exponer, discutir y traer a la actualidad algunas de las ideas marcuseanas que se convirtieron en consignas de aquella rebelión.

I. Introducción

En este trabajo propongo analizar ciertos aspectos del pensamiento de Marcuse, no todas sus tesis, ni algunas de ellas seleccionadas arbitrariamente, sino de un modo especial, aquellas ideas que se encontraron ligadas al movimiento estudiantil de 1968, en la paradigmática figura del Mayo Francés.

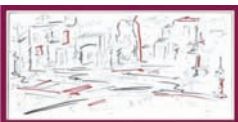
Herbert Marcuse ha sido, sin duda alguna, uno de los autores más relegados de la conocida *Escuela de Frankfurt*. Ciertamente que, de un tiempo a esta parte, los estudios sobre Horkheimer y Adorno, por mencionar sólo a dos autores de renombre, han proliferado en las distintas universidades y ámbitos de discusión académica, pero este interés en la mencionada *Escuela* rara vez ha sido extensivo al caso de Marcuse.

Esta suerte de marginalidad ha tenido, sin embargo, un pequeño pero fructífero paréntesis detonado, justamente, por la presencia del pensamiento de Marcuse en los movimientos estudiantiles de 1968. Habermas¹ sostiene que la imagen de Marcuse en los años sesenta, particularmente luego de la apropiación que hicieron de sus ideas

los jóvenes estudiantes y de la repercusión que esta interpretación tuvo en los medios masivos de comunicación, se encuentra muy distante de la persona y las intenciones más auténticas de Marcuse

Pese a esto, es necesario reconocer que es la agitación estudiantil de esos años, y en especial los acontecimientos ocurridos en París en mayo de 1968, la que coloca al pensamiento de Marcuse en un primer plano, exponiendo al debate las tesis de sus obras. A esto se debe que la mayor parte de la bibliografía sobre este autor sea escrita y editada entre 1968 y 1970. El movimiento estudiantil, a la vez que difundió un mensaje no siempre fiel a la teoría de Marcuse, le brindó también la posibilidad de exponer sus concepciones a la crítica y situarse en el centro de la escena intelectual del momento.

Se cumplen ya cuarenta años de los acontecimientos aquí referidos y, paralelamente, se cumplen casi cuarenta años de la publicación del *Ensayo sobre la Liberación* de Marcuse, que originalmente fue escrito antes de los sucesos de París, pero que el autor revisó luego, añadiendo



notas y comentarios referidos a estos hechos. Este aniversario se convierte, entonces, en la excusa perfecta para recuperar a un Marcuse polémico, con una aguda mirada crítica sobre la realidad contemporánea y un profundo compromiso con la necesidad inmediata de un cambio social.

Es con esta finalidad, que esbozaré, en un primer momento, un análisis de la presencia política concreta de la llamada *Escuela de Frankfurt* y el papel de Marcuse como integrante del *Instituto*. Este análisis nos permitirá observar la perspectiva marcusiana en cuanto a la concepción de la relación entre teoría y praxis y, a la vez, evaluar la manera en que Marcuse traspasa los límites del pensamiento negativo característico de la *Teoría Crítica*. En un segundo momento, y en relación al *Ensayo sobre la liberación*, profundizaré en algunas de las tesis de Marcuse y en su relación específica con el movimiento del Mayo Francés, para arribar a una interpretación de los resultados significativos del vínculo entre ambos.

II. Marcuse y los límites del pensamiento negativo: la relación teoría-praxis dentro y fuera del Instituto de Investigación Social .

Desilusionado del partido socialdemócrata, tras el asesinato de Rosa Luxemburgo en 1919, Marcuse renunció a su militancia en ese partido y se apartó de la praxis política sumergiéndose de lleno en la actividad universitaria. Trece años más tarde, a fines de 1932, ingresó al *Instituto de Investigación Social*, que había sido fundado diez años antes. La participación de Marcuse en la etapa alemana del *Instituto* fue breve debido al advenimiento del nazismo.

En su etapa norteamericana, el *Instituto* no se definió jamás en relación con los grupos politizados de la emigración. El mismo Marcuse observa, en una riquísima entrevista realizada por Habermas en 1977, que este tipo de relación estaba completamente prohibida, ya que “Horkheimer insistió desde un primer momento en que éramos huéspedes de la Universidad de Columbia, filósofos y científicos . Cualquier vinculación organizativa podría poner en peligro la precaria base administrativa del *Instituto*. Tales conexiones quedaron, pues, excluidas por principio”²².

En el mismo cuestionario, sostiene Marcuse que el problema “filosofía y praxis” tal como se presentó luego en 1968, estaba muy lejos

de la perspectiva del *Instituto*.

Lo cierto es que la organización del *Instituto de Investigación Social* era algo jerárquica y autoritaria y las decisiones acerca del tipo de perfil que el *Instituto* asumiera pasaban directamente por la figura de Horkheimer. Los miembros del *Instituto*, incluido Marcuse, adoptaron entonces esta postura ausente de la escena política concreta, pese a que gran parte de la producción teórica de la denominada *Teoría Crítica* tuviera un fuerte anclaje en las relaciones sociales y políticas de su tiempo.

Sin embargo, esta limitación en el vínculo teoría-praxis sería luego quebrantada por Marcuse cuando las circunstancias del '68 reclamaran un compromiso concreto con la negación. Luego de 1940, Horkheimer y Adorno se trasladaron primero a California y más tarde regresaron a Alemania, mientras que Marcuse permaneció trabajando dentro de la sociedad norteamericana, aún después de 1950, a la que presentó como el paradigma de la sociedad industrial avanzada.

No fue la desintegración del *Instituto* ni el éxodo de sus colegas frankfurtianos lo que llevó a Marcuse a la consideración de la problemática teoría-praxis relegada por tanto tiempo, sino que, sin proponérselo, se encontró de pronto con que muchas de sus ideas aparecían como fundamento teórico de las protestas estudiantiles. Frente a esa realidad, Marcuse tuvo que tomar partido y enfrentarse con el problema.

La formación de Marcuse en la *Escuela de Frankfurt* había sido decisiva, casi tan decisiva como lo fue su encuentro con la sociedad norteamericana, pero sus diferencias para con algunos de los preceptos del *Instituto* no tardaron en evidenciarse. Desde el comienzo, el *Instituto de Investigación Social*, conocido luego como la “Escuela de Frankfurt”, había suscripto a la línea de un marxismo abierto con el que Marcuse estaba completamente de acuerdo y uno de sus aportes fundamentales es la llamada “Teoría Crítica”.

Sabido es que, en oposición a la teoría tradicional, el espíritu de la *Teoría Crítica* es el de la negación, la impugnación, la denuncia. Como tal, el diagnóstico de Marcuse pretendió aclarar qué es lo que necesita ser negado y en qué medida el propio sistema se ha inmunizado contra las diversas formas de oposición y negación. Es en este sentido en el que pueden comprenderse sus

estudios sobre las estructuras represivas de las sociedades avanzadas, el papel de la tecnología como elemento de dominación y la asimilación de las formas de oposición.

Sobre el final de *El hombre unidimensional*, Marcuse observa que “la teoría crítica de la sociedad no posee conceptos que puedan tender un puente entre el presente y su futuro”³ y esto es así porque no sostiene ninguna promesa. Sin embargo, el mismo Marcuse observa que la negación posibilita pensar en otro orden de cosas posibles, y que desde esta perspectiva, la teoría crítica se enfrenta a la responsabilidad de examinar “cuáles prospectivas existen para el desarrollo de una sociedad socialista cualitativamente diferente de las sociedades existentes”⁴.

La crítica más frecuente a la teoría marcusiana se refiere a este aspecto prospectivo, y si bien puede concederse que la propuesta de Marcuse tropiece con la debilidad de que no puede dar cuenta de su propia posibilidad, esta debilidad es producto de, al menos, dos factores. Por una parte, es una debilidad que proviene de una fortaleza: la de enfrentar el problema del vínculo teoría – praxis, y por otra parte, es el resultado de una decisión teórica importante: traspasar el límite del pensamiento negativo. Sin duda alguna, son estos últimos puntos los que llamaron la atención de los estudiantes de la década del sesenta, y también los que colocan a Marcuse en un puesto algo especial dentro del círculo de los filósofos de Frankfurt.

Una vez más cito a Habermas cuando sostiene que, a diferencia de Horkheimer y de Adorno, la forma de pensar de Marcuse es una forma agresiva, que se distingue principalmente por su carácter directo. “Si Marcuse hubiera tenido que escoger entre el riesgo de expresar sin rodeos una intención, aún al precio de posibles malentendidos, y aquellos escrúpulos que, por temor a quebrantar lo sutil, dan la preferencia a un discurso indirecto y enredado, entonces Marcuse hubiera preferido correr el riesgo y desembarazarse de los escrúpulos”⁵.

En ese arriesgarse, Marcuse se convirtió en el filósofo de la revuelta estudiantil y, a la vez, se vio obligado a pagar el costo de varias confusiones. Intentare, en lo que sigue, exponer algunas de las tesis más comprometidas en el movimiento de los

sesenta y analizar el modo en el que estas confusiones fueron generadas.

El poder de la imaginación en el ámbito político

Entre los aspectos más comprometidos de la teoría del cambio social marcusiana con el movimiento estudiantil de París en 1968, se encontraron aquellos relacionados con la sensibilidad humana. Marcuse sostuvo que la represión de esta sensibilidad había dado por resultado el estado de cosas que el mismo denunciaba en su crítica. Entre estos aspectos, reprimidos o aparentemente transformados por el principio de realidad propio de la sociedad industrial, se encuentran la sexualidad, la imaginación o fantasía, el goce y la dimensión o experiencia estética en relación al arte.

Ya en “*Eros y civilización*”, Marcuse afirmaba que una de las principales formas de represión consiste en “la feroz y a menudo metódica y consciente separación de la esfera instintiva de la intelectual, del placer y del pensamiento”, ésta –sostiene– “es una de las más horribles formas de enajenación impuesta al individuo por su sociedad y espontáneamente reproducida por el individuo como una necesidad y satisfacción propia”⁶. Su propuesta de cambio social requiere entonces, en un primer momento, de un quiebre con esa asimilación de las formas represivas que posibilite el tránsito hacia la reconciliación de ambas esferas humanas.

Es justamente por esto que, en la misma obra, Marcuse retomaba algunos de los planteos kantianos de la *Crítica de la Facultad de Juzgar*, particularmente la posición mediadora que Kant le otorga a la dimensión estética, entre la sensualidad y la moral, y que la hacen poseedora de principios válidos para ambos dominios.

En la medida en que la percepción estética es intuición, no noción, la experiencia estética básica es sensual antes que conceptual y esta acompañada de placer. El placer que acompaña la percepción estética es el resultado de la apreciación de la forma pura de un objeto, independientemente de su

“materia” y de sus “propósitos” y este tipo de representación es la tarea de la imaginación. La imaginación estética es creadora, en el sentido de que produce belleza mediante una síntesis propia y es, por tanto, la facultad mediadora por excelencia.

Marcuse observa que “en la imaginación estética, la sensualidad genera principios universalmente válidos para un orden objetivo”⁷, que se define mediante dos categorías centrales: “determinación sin propósito” y “legalidad sin fin”. El carácter común a ambos principios es la gratificación de las potencialidades liberadas del hombre, mediante el libre juego y no ceñidas al principio de rendimiento de la sociedad industrial avanzada que tanto critica. Es por esto que Marcuse arriesga a ver en la dimensión estética la posibilidad de un cambio hacia un orden no represivo.

Desde la mirada marcusiana, la reconciliación estética, (de la sensualidad y el intelecto humanos mediante la imaginación), implica oponer a la tiranía de la razón, y a la razón tecnológica, un fortalecimiento de la sensualidad, e incluso a liberar a esa sensualidad de la dominación represiva de la racionalidad propia de la sociedad industrial avanzada. En el mencionado *Ensayo sobre la Liberación* afirma que “la transformación radical de la sociedad implica la unión de la nueva sensualidad con una nueva racionalidad. La imaginación se transforma en productiva si se hace mediadora entre la sensibilidad por una parte, y la razón tanto teórica como práctica por la otra, y esta armonía de las facultades guía la reconstrucción de la sociedad”⁸.

Este es el sentido en el que Marcuse asimila la libertad de la imaginación a la libertad política. La imaginación no como fantasía y ficción insignificantes y utópicas, sino una imaginación como disciplinada proyección que inaugura el camino de las posibilidades liberadoras del hombre. La libertad de la imaginación tal como existe y es practicada en la creatividad artística

es la que aquí se señala como camino a la auténtica libertad política.

Se trata de una propuesta de cambio que pretende invertir todos los órdenes, puesto que lo que se trata de instaurar no es una modificación en las relaciones ya existentes, sino un nuevo principio de realidad que sólo puede ser alcanzado desde una nueva relación entre los instintos y la razón. Llevado a los términos del diagnóstico marcusiano, se trata de una reconciliación entre el principio de placer y el principio de realidad, que daría origen al cambio cualitativo de la sociedad contemporánea regido por un orden no represivo.

Los estudiantes del '68 y la figura de Marcuse

Marcuse estuvo en París entre el 6 y el 12 de mayo de 1968, cuando se desencadenaba la crisis francesa. El día 23 del mismo mes, entre varios centenares de estudiantes y docentes de la Universidad de California, en San Diego, dio a conocer sus impresiones en una conferencia que se encuentra publicada, junto con algunas otras, bajo el título de *La sociedad carnívora*.

El comienzo del texto no es otra cosa que una crónica minuciosa de los acontecimientos que hoy todos conocemos como el inicio del denominado Mayo Francés, pero sumadas a esta crónica, Marcuse se permitió exponer algunas reflexiones sobre la importancia de los hechos. Así, interpretó los acontecimientos como una protesta total contra males específicos y contra carencias específicas, que en el fondo y al mismo tiempo, era una protesta contra el sistema entero de valores, contra el sistema completo de objetivos, y de actuaciones exigidas y practicadas por la sociedad establecida. “ En otras palabras, es la impugnación a continuar aceptando y soportando la cultura de la sociedad establecida. Ellos rechazan no sólo las condiciones económicas, no sólo las instituciones políticas, sino el sistema global de valores que sienten podridos hasta el tuétano”⁹.

Los protagonistas del Mayo Francés, y de los otros movimientos estudiantiles que –por aquellos años –también se producían en Estados Unidos y en Alemania coincidían, en muchos puntos, con varias de las tesis de Marcuse, y , del mismo modo, Marcuse encontraba importantes coincidencias entre las consignas de estos movimientos y sus propias propuestas.

En una entrevista realizada a

Marcuse en junio de 1968, Pierre Viansson Ponté confirma esta idea de que Marcuse es citado por los estudiantes como teórico fundamental de su rebelión, junto con Marx y con Mao y le pregunta a Marcuse si no tiene la sensación de haber sido superado, en la relación entre filosofía y praxis, por los que hacen suyas sus tesis. La respuesta de Marcuse abre una polémica que lo marcaría hasta su muerte: “Quizás. Si son violentos es porque están desesperados. Y la desesperación puede ser el motor de una acción política eficaz”.¹⁰

Las confusiones mencionadas al inicio de este trabajo se originaron, fundamentalmente, a partir de declaraciones como esta y del nexo inmediato que se estableció, a través de los medios, entre las revueltas estudiantiles y la figura de Marcuse. Estas confusiones presentaron la imagen de un Marcuse que suscribía a la violencia como medio de protesta y cuyas ideas centrales podían ser reducidas a los graffitis del mayo Francés tales como “la imaginación al poder”. Sin duda Marcuse podría haber pronunciado este deseo, pero la complejidad de la transformación que esta por debajo de esa expresión, difícilmente haya sido comprendida por los que pintaron las calles de París, sencillamente, porque la lectura de los textos de Marcuse era aún insipiente e incompleta.

Marcuse nunca perdió de vista que la comprensión que sus supuestos seguidores tenían de sus tesis era muy limitada, como así tampoco depositó en estos movimientos la confianza de considerarlos “sujetos” de una revolución posible. Pero si valoró el gesto negativo, la fuerza del rechazo y la posibilidad concreta, inaugurada por estos movimientos, de poner en duda la legitimidad de todo un sistema social, político, económico y cultural.

Con todo derecho, dice Habermas, Marcuse se convirtió en el filósofo de la revuelta juvenil, y no deja de ser comprensible que muchos de los jóvenes revolucionarios hayan utilizado sus escritos como justificación de una negación indeterminada de lo existente. Sin embargo, “la ‘gran negación’ es metáfora de una actitud, pero no es ya *per se* una intelección de las cosas. Marcuse no confunde ciertamente lo uno con lo otro; pero a veces ha tenido que pagar los platos rotos de tal confusión”.¹¹

Sobre Revolución, arte y liberación

Desde los años treinta, Marcuse había

estado trabajando en el problema que retoma en este *Ensayo sobre la liberación*. Este problema, que no es otro que el de la relación entre arte y revolución, aparecía con una luz distinta a partir de las experiencias de los sesenta. La concepción de Marcuse en este punto se encuentra muy lejos de un intento de unificación entre arte y vida tal como postulara el surrealismo. Por el contrario, el autor del *ensayo* sostiene que sólo como arte, este puede expresar su verdad radical, puesto que la verdad subversiva del arte se manifiesta en la transformación que opera en la realidad convirtiéndola en apariencia.

Marcuse piensa en una nueva sensibilidad, esencialmente regida por la imaginación a la que me referí hace algunas líneas, pues es la imaginación la que “unificando sensibilidad y razón se vuelve productiva la mismo tiempo que práctica: una fuerza guía en la reconstrucción de la realidad”.¹²

El arte tiene el privilegio de poseer un lenguaje que implica siempre una ruptura con la realidad, una especie de *extrañamiento* con respecto a las experiencias cotidianas y a la estipulada “normalidad”. Esto es así, porque la obra de arte no obedece al principio de realidad existente, sino que tiene su propia legalidad y muestra la posibilidad de inaugurar una legalidad diferente. Lo que el arte puede aportar al universo político, si es que la estética y la política son esferas que puedan y deban disociarse, es para Marcuse una “normatividad de la libertad”, que pertenece a un principio de realidad distinto.

“Un universo de relaciones humanas ya no medidas por el mercado, ya no basadas en la explotación competitiva o en el terror, exige una sensibilidad liberada de las satisfacciones represivas de la sociedad no libre; una sensibilidad receptiva con formas y modos de la realidad que hasta ahora han sido ideados solamente por la imaginación estética”.¹³ Es por esto que Marcuse ve en la protesta estudiantil de París de 1968 un acontecimiento por demás significativo.

En la rebelión de los jóvenes intelectuales, los derechos y la verdad de la imaginación se presentan como exigencias de la acción política y por esto Marcuse la considera una ruptura en el *continuum* de la opresión. Porque, aún sin proponérselo, se han revelado contra el principio que rige el sistema. El cambio que viene dado con la intervención de la dimensión estética, y en particular de la imaginación estética,

podrá generar para Marcuse una revolución esencialmente distinta y eficaz.

El *Ensayo sobre la liberación* esta dedicado a los estudiantes franceses, ya que “como quiera que se pueda llamar su acción, una revuelta, una revolución fracasada, ya constituye un nuevo punto de partida. Proclamando la contestación permanente, la instrucción permanente, el gran rechazo (...). En una palabra: ellos han eliminado la idea de revolución del *continuum* de la represión y la pusieron en su auténtica dimensión: la de la liberación”.

Algunas consideraciones finales

Los acontecimientos que conocemos con el nombre de Mayo Francés, así como también las otras revueltas estudiantiles de los años sesenta tienen una significación importante en el pensamiento de Marcuse. En primer lugar, porque fueron un llamado de atención sobre el contenido crítico de sus obras y porque colocaron a Marcuse en la obligación de definir su postura en el contexto de la praxis política. Es posible pensar que, de otro modo, la posición teórica conservadora de la que había partido no hubiera tomado el giro radical que finalmente acompañó el curso de su vida. Dentro del grupo de filósofos de tradición crítica, Marcuse fue el único que asumió un papel directamente político a través de su apoyo a las protestas estudiantiles.

Puesto que consideraba que el trabajo basal para construir un puente entre “lo que debería ser” y “lo que es”, entre la teoría y la práctica, debía ponerse en la teoría misma, su presencia política fue siempre de corte intelectual, de fundamentación teórica. En relación a esto, el Mayo Francés significó para Marcuse la confirmación de que la distinción entre las verdaderas y las falsas necesidades respondía, en cierta forma, a una suerte de *sentido común*. Y, por otra parte, de que cuando se trata de pensar en un cambio profundo, cuando lo que pretende modificarse es la estructura misma de la sociedad, no existe otro camino que el de la imaginación.

Notas

¹ HABERMAS, J.: *Perfiles filosófico-políticos*, Trad. De M. Jiménez Redondo, Madrid, Taurus, 2000.

² HABERMAS, J.: “Herbert Marcuse”, en *Perfiles filosófico-políticos*, Trad. De M. Jiménez Redondo, Madrid, Taurus, 2000, pág. 246.

³ MARCUSE, H., *El hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología de la sociedad*

industrial avanzada, Bs. As., Orbis, 1984, pág. 222.

⁴ MARCUSE, H., *Ensayo sobre la liberación*, Bs. As., Ed. Gutierrez, 1969, pág. 8.

⁵ HABERMAS, J.: “Herbert Marcuse”, en *Perfiles filosófico-políticos*, Trad. De M. Jiménez Redondo, Madrid, Taurus, 2000, pág. 231.

⁶ MARCUSE, H., *Eros y civilización*, Trad. García Ponce, Barcelona, Ariel, 1995. pág. 12.

⁷ MARCUSE, H., *Eros y civilización*, Trad. García Ponce, Barcelona, Ariel, 1995. pág. 168.

⁸ MARCUSE, H., *Ensayo sobre la liberación*, Bs.As. Ed. Gutierrez, 1969, pág. 44.

⁹ MARCUSE, H.: “La Rebelión de París”, en *La sociedad carnívora*, Trad.M. Grinberg, Bs. As., Galerna, 1969, pág. 75-76.

¹⁰ MARCUSE, H.: “Si son violentos es que están desesperados”, en Fromm, Miller y otros: *Marcuse polémico*, Trad. Isler, Bs. As., Ed. Álvarez, 1968., pág. 144

¹¹ HABERMAS, J.: “Herbert Marcuse”, en *Perfiles filosófico-políticos*, Trad. De M. Jiménez Redondo, Madrid, Taurus, 2000, pág. 231.

¹² MARCUSE, H., *Ensayo sobre la liberación*, Bs.As. Ed. Gutierrez, 1969, pág. 37.

¹³ MARCUSE, H., *Ensayo sobre la liberación*, Bs.As. Ed. Gutierrez, 1969, pág. 34